

SHARPE Y SU REGIMIENTO

BERNARD CORNWELL

SHARPE Y SU REGIMIENTO

Richard Sharpe y la invasión de Francia,
junio-noviembre de 1813

Traducción de Carmen Soler Rodríguez



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Regiment*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: febrero de 2025

© Bernard Cornwell, 1986
© de la traducción: Carmen Soler Rodríguez, 2000
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6464-4

Impreso en Barcelona por: CPI Black Print

Depósito legal: B 20419-2024

Impreso en España

Sharpe y su regimiento *está dedicado, con todo respeto, a los hombres de los Royal Green Jackets, sucesores de Sharpe.*

PRÓLOGO

España, junio de 1813

MacLaird, el sargento mayor del regimiento, era un hombre fuerte y la presión de sus dedos, que agarraban la mano izquierda del comandante Richard Sharpe, resultaba dolorosa. Los ojos del sargento mayor se abrieron lentamente.

–No voy a llorar, señor.

–No.

–No podrán decir que me han visto llorar, señor.

–No.

Una lágrima le rodó por la cara. Se le había caído el chacó. Lo tenía en el suelo, a corta distancia de la cabeza.

Sharpe agarró al sargento con la mano izquierda y retiró suavemente la casaca roja.

–Padre nuestro, que estás en los cielos. –La voz de MacLaird se ahogó de repente. Estaba tumbado sobre las duras piedras de la carretera y algunas estaban manchadas con su sangre–. ¡Oh, Cristo!

Sharpe tenía la mirada fija en el vientre destrozado del sargento mayor. La camisa mugrienta de MacLaird estaba metida dentro de la herida de la que manaba sangre. Sharpe dejó caer la casaca suavemente por encima de aquel horror. No se podía hacer nada.

–Señor –dijo el sargento con voz débil–, por favor, señor.

Sharpe se sentía violento. Sabía lo que quería aquel hombre duro, que había atemorizado y denigrado a su paso

cumpliendo con su deber. Sharpe percibía la lucha que traslucía la cara de aquel hombre tan fuerte para no dejar ver su debilidad ante la muerte, y agarró la mano de MacLaird como si pudiera aliviar este último momento de orgullo de un soldado. MacLaird se quedó mirando al oficial.

—¿Señor?

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... —A Sharpe las palabras le iban saliendo inseguras de los labios. No sabía si se acordaría de toda la oración—. Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. —Sharpe no era creyente, pero tal vez cuando muriera también él querría el consuelo de las antiguas frases—. El pan nuestro de cada día dánoslo hoy y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. —Con una libra de pan al día hubiera sido el cabrón francés el muerto. ¿Cuáles eran las palabras siguientes?—. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal, pues Tuyo es el reino, el poder y la gloria, amén.

Se dio cuenta de que se había acordado de todo, pero ahora ya no importaba. MacLaird había muerto, lo había matado un trozo de piedra del tamaño de una bayoneta que se había desprendido de una roca con el impacto de la bala de un cañón francés. La sangre había dejado de manar y ya no se notaba el pulso en el cuello.

Sharpe le estiró los dedos, le colocó la mano sobre el pecho, le secó las lágrimas de la cara y se puso en pie.

—¿Capitán Thomas?

—¿Señor?

—El sargento mayor está muerto; lléveselo y entiérrelo.
¡Capitán D'Alembord!

—¿Señor?

–Haga que esos piquetes se sitúen cincuenta metros colina arriba, hoy no es día de maniobras. ¡Venga!

Los piquetes estaban perfectamente apostados y todos lo sabían, pero Sharpe descargaba su ira donde podía. El terreno estaba mojado, empapado por la lluvia de la noche anterior. Había charcos en el camino, algunos teñidos de sangre. A la izquierda de Sharpe, allí donde la ladera se suavizaba, un grupo de hombres picaban en la tierra para excavar tumbas. Diez cuerpos, despojados de las chaquetas y las botas, demasiado valiosas para enterrarlas, esperaban junto a una trinchera poco profunda.

–¡Teniente Andrews!

–¿Señor?

–¡Dos sargentos! ¡Veinte hombres! ¡A recoger rocas!

–¿Rocas, señor?

–¡Háganlo!

Sharpe se volvió y gritó la orden. Estando de aquel humor, era tonto el hombre que contrariaba al oficial alto y de cabello negro que había ascendido desde la tropa. Su cara, siempre salvaje, se encontraba tirante de rabia. Fue caminando hacia el sitio protegido junto a las grandes rocas, donde los heridos se resguardaban del viento cortante. La vaina de Sharpe, que contenía la pesada espada de caballaría que él blandía con la fuerza de un buey, resonó contra el suelo cuando se agachó.

–¿Dan?

Daniel Hagman, fusilero y antiguo cazador furtivo, le sonrió con picardía.

–Estoy bien, señor. –Tenía el hombro izquierdo vendado; la casaca y la camisa le cubrían la herida como si fueran capotes–. Pero no me puedo rellenar la pipa, señor.

–Tenga.

Sharpe cogió la corta boquilla de arcilla, rebuscó en la bolsa de municiones de Hagman para dar con el tarugo de tabaco oscuro y grasiento, mordió un pedazo, lo desnuzó y lo metió en la pipa.

–¿Qué sucedió?

–Un maldito fusilero. Yo pensaba que el muy cerdo estaba muerto, señor.

Hagman era el hombre más viejo del batallón. Tal vez pasaba ya de los cincuenta; en realidad, nadie lo sabía. También era el mejor tirador del regimiento. Le cogió la pipa a Sharpe y observó cómo el oficial sacaba su caja de yesca.

–Le disparé al cabrón, señor. Avancé y él me rajó. Canalla. –Chupó de la pipa, soltó el humo y volvió a chupar–. Ángel se ocupó de él; lo acuchilló bien. –Sacudió la cabeza–. Lo siento, señor.

–No sea tonto, Dan. No es culpa suya. Regresará.

–Derrotamos a esos canallas, señor.

Hagman, al igual que Sharpe, era fusilero, pero, como había ocurrido con muchos otros, había acabado en las filas de casacas rojas del South Essex. Sin embargo, seguían llevando las casacas verdes con obstinación y orgullo. Eran fusileros; los mejores.

–Siempre hemos derrotado a esos canallas, señor.

–Sí –sonrió Sharpe, y el aspecto sardónico y burlón que mostraba su rostro a causa de la cicatriz en la mejilla izquierda desapareció de repente–. Derrotamos a esos canallas, Dan.

Así había sido. El South Essex, un batallón con menos de la mitad de la tropa, menguado por la guerra igual que una bayoneta va adelgazando por el uso y el afilado, había derrotado a los malnacidos. Sharpe pensó en Leroy, el americano que había sido el oficial al mando del batallón. Leroy hubiera estado orgulloso de ellos.

Pero Leroy estaba muerto, lo habían matado la semana anterior en Vitoria, y Sharpe sabía que pronto habría un teniente coronel nuevo, oficiales nuevos, hombres nuevos. Venían de Inglaterra, y Sharpe iba a dejar temporalmente el mando de aquel batallón tan reducido que en ese momento ni siquiera podía combatir en una batalla.

Habían estado avanzando hacia Pasajes; les habían ordenado ir allí después del gran triunfo de Vitoria. Las órdenes, que habían llegado a lomos de un caballo sudado por el galope, eran que el South Essex bloqueara el sendero que salía de las montañas. El oficial del Estado Mayor no sabía bien qué estaba sucediendo. Presa del pánico, tan sólo explicó que un destacamento francés salía de la frontera, y que el South Essex, por casualidad, era el que estaba más cerca. Dejaron a sus mujeres y bagajes en el camino principal y se dirigieron al norte para detener a los franceses.

Lo consiguieron. Bombardearon el sendero y sus mosquetes chasquearon con el ritmo mortífero del fuego de pelotón, desbaratando el acercamiento del norte, haciendo trizas las filas enemigas de casacas azules.

El South Essex no cedió terreno. Sus heridos se arrastraron en busca de refugio o se desangraron allí donde habían caído. Incluso cuando el cañón enemigo abrió fuego en la montaña, rechazando filas enteras y destrozándolas, ellos no retrocedieron. Combatieron contra los canallas hasta detenerlos y verlos marchar, y ahora el comandante Richard Sharpe, con el sabor amargo del tabaco todavía en su boca, evaluaba el precio que había pagado. Once muertos y algunos más que morirían a causa de las heridas. Al menos doce de los heridos no regresarían a la tropa. Otra docena, como Hagman, vivirían para volver a luchar, a menos que sus heridas se infectaran. Pero no había ni que pensar

en aquella muerte lenta, consumiéndose por la fiebre. Sharpe escupió. No tenía agua, una bala enemiga le había dado en la cantimplora.

–¡Sargento Harper!

–¿Señor?

El enorme sargento irlandés se dirigió hacia él. Este fusilero era quizás el único del batallón que no temía la ira de Richard Sharpe. Harper había luchado al lado de Sharpe en todas las batallas de aquella larga guerra. Habían avanzado por toda España hasta que, en ese verano de 1813, se encontraron cerca de la mismísima frontera francesa.

–¿Cómo está Dan, señor?

–Vivirá. ¿Tiene agua?

–Tenía, pero alguien ha hecho un milagro con ella.

–Harper, que, contra el reglamento, tenía vino tinto en la cantimplora, se lo ofreció a Sharpe. El comandante echó un trago, luego colocó el tapón de corcho.

–Gracias, Patrick.

–Tengo mucho más si lo necesita, señor.

–No por esto, sino por estar aquí.

Harper se había casado sólo dos días antes y, cuando les había llegado la orden de combate, Sharpe había ordenado al enorme irlandés que se quedara con su nueva mujer española, pero se había negado. Ahora Harper observaba en dirección al norte, hacia el horizonte vacío.

–¿Qué hacían aquí los franchutes?

–Estaban perdidos.

A Sharpe no se le ocurría otra explicación. Sabía que algunas unidades francesas, que tras la derrota de José Bonaparte en Vitoria se habían extraviado, regresaban en grupos dispersos a Francia. Éste era superior en número al regimiento de Sharpe, y se preguntaba por qué habían in-

terrumpido el combate. La única explicación que encontraba era que el enemigo se había dado cuenta de repente de que el South Essex no les cortaba el camino a Francia y que, por ello, no había ninguna necesidad de seguir luchando. Simplemente, se habían perdido, habían tropezado con un combate inútil y se habían ido.

–Canallas –dijo Sharpe con ira, pues sus hombres habían muerto por nada.

Harper, que con seis pies y cuatro pulgadas era incluso más alto que Sharpe, frunció el ceño.

–Es terrible lo del sargento mayor, señor.

–Sí.

Sharpe estaba mirando hacia el cielo, se preguntaba si volvería a llover. Aquel verano había sido el peor que se recordaba en España.

–Tiene su puesto.

–¿Señor?

–Ya lo ha oído.

Mientras aún estaba al mando del batallón, Sharpe podía al menos dárselo al mejor sargento mayor del regimiento. El nuevo coronel no estaría en posición de cambiar el nombramiento.

Sharpe dio media vuelta y se alejó.

–¡Teniente Andrews!

–¿Señor?

El teniente dirigía a un grupo de hombres malhumorados que se tambaleaban por el peso de los cantos rodados que llevaban.

–¡Pónganlos sobre las tumbas!

Las piedras impedirían que los animales escarbaran en busca de la carne enterrada a poca profundidad.

–¿Todas las tumbas, señor?

—Sólo las nuestras.

A Sharpe no le importaba si los zorros y los cuervos se atiborraban con la carne francesa podrida, pero sus hombres yacerían en paz.

—¿Sargento mayor?

—¿Señor?

Harper sonreía a medias, sin saber con certeza si una sonrisa resultaba aceptable en aquel momento.

—¿Sí, señor?

—Necesitaremos un maldito carro para nuestros heridos. Pídale a un oficial montado que consiga uno del bagaje. Tal vez entonces podamos reanudar esta maldita marcha.

—Sí, señor.

Aquella noche la lluvia cayó sobre el desfiladero donde el South Essex había aguantado y sufrido, donde yacían sus muertos y de donde hacía tiempo que se habían ido los vivos. Los franceses muertos no habían sido enterrados, sino tan sólo cubiertos escasamente con tierra, y la lluvia de la noche anterior se la había llevado. La carne blanca y dura quedó al descubierto, y por la mañana los animales carroñeros vinieron en su busca. El desfiladero no tenía nombre alguno.

Pasajes era un puerto en la costa norte de España, cercano a la línea costera que tuerce al norte en dirección a Francia. Era un paso profundo hendido en las rocas, que conducía a un puerto abrigado y a salvo, rebosante de barcos británicos. Las provisiones que alimentaban al ejército de Wellington llegaban ahora a Pasajes, ya no iban a Lisboa y eran transportadas más allá de las montañas por carretas tiradas por bueyes. En Pasajes el ejército reunía las provisiones que permitirían invadir Francia, pero el South Essex, que incluso antes del combate en el desfiladero sin nombre se había considerado demasiado diezmado por la guerra

para tener un lugar en la línea de batalla, había sido enviado a Pasajes. Hasta que llegaran refuerzos, su trabajo consistía en proteger de ladrones los muelles y almacenes. Eran soldados de combate convertidos en vigilantes.

–Maldito país, maldita peste, maldita gente.

El general de división Nairn interrumpía cada comentario lanzando una naranja por la ventana. Hizo una pausa, con la esperanza de oír un grito de dolor desde abajo, pero tan sólo se oía el sonido de la fruta que golpeaba contra los adoquines.

–Debe de estar usted realmente decepcionado, Sharpe.

Sharpe se encogió de hombros. Sabía que Nairn se refería al trabajo de vigilar los almacenes.

–Alguien tiene que hacerlo, señor.

Nairn se burló de su docilidad.

–Lo único que puede hacer aquí es impedir que esos malditos españoles se meen en nuestro caldo. ¡Lo siento por usted! –Se puso en pie y se dirigió a la ventana. Observó a dos oficiales de aduanas españoles con botas altas que recorrían lentamente los muelles–. ¿Sabe usted lo que nos están haciendo esos bastardos?

–No, señor.

–Nosotros liberamos su maldito país y ahora ellos quieren cobrarnos una tasa de aduana por cada barril de pólvora que traigamos a España. ¡Eso es como salvar a la mujer de un hombre de ser violada, y que luego le pidan a uno que pague por ese privilegio! ¡Extranjeros! Sabe Dios por qué hizo a los extranjeros. No le sirven a nadie. –Echó una mirada a los dos hombres de aduanas, debatiéndose entre lanzarles la última naranja a ellos o no; luego se volvió hacia Sharpe:

–¿Con qué fuerzas cuenta?

–Doscientos treinta y cuatro efectivos. Noventa y seis en varios hospitales.

–¡Jesús!

Nairn se quedó mirando a Sharpe con incredulidad. Había conocido al fusilero por Navidad y desde el principio ambos se habían caído bien. Luego Nairn había cabalgado hasta Pasajes desde el cuartel general del ejército en busca de Sharpe. El general de brigada gruñó y volvió a su silla. Tenía unas cejas blancas y revueltas que crecían sorprendentemente hacia arriba hasta alcanzar una mata de pelo blanco.

–¿Doscientos treinta y cuatro efectivos?

–Sí, señor.

–Supongo que perdió algunos el otro día.

–Unos cuantos. –Tres hombres más ya habían muerto de las heridas recibidas en el desfiladero—. Pero estamos esperando reemplazos.

El general de brigada Nairn cerró los ojos.

–Está esperando reemplazos. ¿De dónde, por favor?

–Del segundo batallón, señor.

Durante una buena parte de la guerra, el South Essex tan sólo había contado con un batallón, pero ahora, en el depósito inglés de Chelmsford, se había formado un segundo. La mayoría de regimientos tenía dos batallones, el primero para entrar en combate y el segundo para reclutar hombres, instruirlos y luego enviarlos según las necesidades del primer batallón.

Nairn abrió los ojos.

–Usted tiene un problema, eso es lo que le pasa. ¿Sabe usted cómo afrontar los problemas?

–¿Señor? –inquirió Sharpe, temeroso ante la incertidumbre.

–Los diluye usted en alcohol, eso es lo que hay que hacer. A Dios gracias, le robé al general algo de su brandi. Aquí tiene, hombre.

Nairn había sacado la botella de su portapapeles y vertió un par de tragos generosos en dos copas sucias que encontró sobre la mesa.

–Hábleme de sus malditos reemplazos.

No había mucho que decir. Antes de morir, el teniente coronel Leroy había mantenido una correspondencia muy activa con el depósito de Chelmsford. El invierno pasado, las cartas llegadas de Inglaterra mencionaban a ocho compañías de reclutamiento que iban por los caminos, procedentes de amplios cuarteles en los que se les había dado instrucciones llenas de entusiasmo. Nairn escuchaba.

–¿Pidió usted que le enviaran hombres?

–¡Por supuesto!

–¿Y dónde están?

Sharpe se encogió de hombros. Eso era lo que se preguntaba él exactamente, y se consolaba con la idea de que los reemplazos podían haberse visto implicados en el caos que había supuesto el cambio de base de suministros del ejército de Lisboa a Pasajes. Los nuevos reemplazos podían estar en Lisboa, o en el mar, o atravesando España; o, peor aún, esperando todavía en Inglaterra.

–Los pedimos en febrero. Ahora estamos en junio; deben de estar de camino.

–Hace mil ochocientos años que dicen lo mismo de Cristo –gruñó Nairn–. ¿Le dijeron a usted con certeza que los enviaban?

–No –contestó Sharpe, encogiéndose de hombros–. ¡Pero así tiene que ser!

Nairn miraba fijamente dentro de su copa de brandi como si fuera la bola de un adivino.

–Dígame, Sharpe, ¿ha oído usted hablar alguna vez de un hombre llamado lord Fenner? ¿Lord Simon Fenner?

–No, señor.

–Un político infecto, Sharpe. Un político cabrón de mierda. Siempre he odiado a los políticos: un día se arrastran a tu alrededor, con la lengua fuera para pedirte el voto, y al día siguiente son tan asquerosamente vanidosos que ni siquiera te ven. ¡Canallas insolentes y mequetrefes! ¡Los odio! Espero que odie usted a los políticos, Sharpe.

–¿Lord Fenner, señor?

Sharpe se daba cuenta de que había malas noticias. Sabía que los generales de brigada, por muy amigables que fueran, no cabalgaban grandes distancias para compartir una copa de brandi con los oficiales.

–Un malnacido sucio y pomposo, eso es. –Nairn escupió el insulto–. Es el ministro de Guerra, y probablemente nadie en todo el Ministerio sabría lo que es una guerra aunque se les pegara en el culo. Así que nos escribió. –Nairn extrajo un trozo de papel de su portapapeles–. O, mejor dicho, lo hizo uno de sus secretarios picados de viruela. –Más que a la carta, miraba fijamente a Sharpe–. Afirma que no hay refuerzos disponibles para el South Essex, que no han enviado ninguno y que no van a enviar ninguno. Ninguno, aquí lo pone. –Le tendió el papel.

Sharpe no podía creérselo. Cogió la carta con temor y vio que era una larga lista, enviada por el Ministerio de Guerra, vía Guardia Real, de los reemplazos que se esperaban en las siguientes semanas. Al final de la lista estaba el South Essex. Junto a su nombre se había escrito «2.º bat., ahora batallón de reserva. Refuerzo imposible». Eso era

todo, y, si era cierto, significaba que el segundo batallón del South Essex pasaba a convertirse en un mero batallón de reserva; un lugar en que los chicos de trece y catorce años, demasiado jóvenes para combatir, esperaban sus cumpleaños; un lugar donde enviaban a los hombres en tránsito o heridos mientras esperaban nuevos destinos. Un batallón de chusma, sin orgullo y con pocos objetivos.

–¡No puede ser! ¡Hay reclutas! ¡Teníamos ocho compañías de reclutamiento!

Nairn gruñó.

–En una carta de explicación dictada por su maldita señoría en persona, y que no voy a mostrarle para no ofenderlo, recomienda que su batallón se disuelva.

Durante unos breves segundos, Sharpe pensó que no había oído bien lo que había dicho Nairn. Un mulero español gritaba del otro lado de la ventana, del puerto llegaba el sonido chirriante de un torno, y a Sharpe le resonaba en la cabeza la palabra «disolver».

–¿Disolver, señor? –En la caliente estancia Sharpe sintió un escalofrío.

–Lord Fenner sugiere, Sharpe, que sus hombres pasen a otros batallones, que sus banderas sean enviadas a casa, que sus oficiales cambien de regimiento, o que compren su ascenso, o que se pongan a nuestra disposición.

Sharpe no daba crédito a lo que oía.

–¡No pueden hacer eso!

Nairn soltó una risotada amarga.

–¡Sharpe! ¡Son políticos! ¡No puede usted pretender que esos canallas tengan sentido común! –Se inclinó hacia delante–. ¡Vamos a necesitar todas las unidades experimentadas que podamos arañar y reunir, todas, pero no espere que lord Fenner lo entienda! Es el ministro de Guerra, pero

no distinguiría una bayoneta de una baqueta. ¡Es un civil! Él es quien controla el dinero del ejército, y por eso mismo no lo hay.

Sharpe no dijo nada. Pensaba en las banderas del batallón colgadas en alguna iglesia inglesa, bien elevadas en un presbiterio polvoriento mientras los hombres que habían luchado por ellas eran repartidos por todo el ejército. Sentía rabia, rabia y amargura, porque esos hombres, que habían luchado por esas banderas, que habían sufrido, esos hombres cuyos compañeros yacían en tumbas sin señales en una docena de campos de batalla, iban a dispersarse. Pensaba en un batallón que, al igual que una familia, tenía sus peleas y sus risas, su calor y su orgullo. ¡Sacrificarlo todo!

–Disolverlo a usted –dijo Nairn con brutalidad–. Lástima que sea verdad. Busaco, Talavera, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Vitoria, ¡menuda manera de acabar! Es como enviar una jauría de sabuesos al matadero, ¿eh?

–¡Pero si teníamos a ocho sargentos de reclutamiento!

–No tiene sentido alguno que me lo explique a mí, Sharpe. Yo tan sólo soy un burro de carga. –Nairn sorbió por la nariz–. E incluso si lo transformáramos en un batallón provisional seguiría perdiendo hombres. ¡Usted necesita un destacamento de reemplazo!

Era cierto. Si el South Essex se unía a otro batallón seguirían teniendo bajas, hasta que el batallón al que se unieran quedara reducido y de nuevo diluido. En lugar de verse disuelto, el South Essex se marchitaría y moriría, se olvidarían sus banderas, su moral se desperdiciaría.

–¡No! –Sharpe casi aulló la palabra como una protesta atormentada–. ¡No puede hacerlo!

–Esperemos que no sea así –sonrió Nairn–. El general no está contento, todo esto lo pone de malhumor, Sharpe. –Nairn le hablaba de Wellington–. Tiene la extraña idea de que el South Essex le resultaría útil en Francia.

El cumplido era cierto. Un batallón veterano como el South Essex, aunque sus filas estuvieran medio cubiertas con nuevos reemplazos, tenía una moral y un conocimiento que multiplicaba por dos su valor de combate. El South Essex se había convertido en una máquina de matar que podía hacer frente a todo lo que los franceses le lanzaran en contra, mientras que un batallón recién llegado, aunque estuviera muy bien instruido en Inglaterra, podría tardar meses en conseguir la misma eficacia. Nairn sirvió más brandi en las dos copas.

–El general, Sharpe, no confía en esos bastardos de Londres. ¡Ministerio de Guerra! ¡Guardia Real! ¡Ministerio de Asuntos Exteriores! ¡Departamento de Armamento y Material! ¡Tenemos más ministerios dirigiendo esta maldita guerra que batallones! ¡Lo han hecho muy mal, han perdido los papeles, tienen los pantalones en los tobillos y no encuentran a su mamá para que se los suba! ¿Quién está al cargo de Chelmsford?

Sharpe tenía que pensar. Tenía la cabeza confundida entre la ira y la sorpresa ante la idea de que su batallón se disolviera.

–¿En Chelmsford, señor? Un hombre que se llama Girdwood, el teniente coronel Girdwood.

–¿Lo conoce?

–No lo he visto nunca.

–¡Girdwood tiene hombres! ¡Lo que pasa es que no quiere perderlos! ¡Sucede continuamente, Sharpe! El hombre tiene un segundo batallón, los instruye, los convierte en

soldados de juguete, y no soporta tenerlos que enviar fuera donde el primer batallón los ensuciará. ¡Así que vaya a ver a ese Girdwood! –Nairn dijo aquel nombre en tono de burla–. ¡Convéncalo para que le dé algunos hombres para ese supuesto batallón de reserva! ¡Lámele las botas! ¡Emborráchelo! ¡Ofrézcase para complacer a su mujer! Encontrará algunos hombres en Chelmsford. –Nairn se echó a reír al ver la expresión de Sharpe y le lanzó un sobre sellado con órdenes–. Una autorización para usted y otros tres hombres más para ir a Inglaterra a seleccionar reemplazos. Vuelva hacia octubre, eso son casi cuatro meses.

Sharpe se quedó mirando al escocés.

–¿A Inglaterra?

–Ya sé que es desagradable –dijo Nairn, sonriendo burlescamente–, pero aquí no va a suceder nada, ¡nada! Los malditos políticos no nos van a dejar invadir Francia hasta que Prusia decida si se mete en el baile otra vez. Lo único que vamos a hacer es tomar San Sebastián y Pamplona, y luego sentarnos en nuestros traseros sin hacer nada. Puede ir a casa tranquilamente, aquí no va a perderse nada. Váyase a Chelmsford.

–¡No puedo regresar! –Lo que quería decir era que no podía dejar a sus hombres.

–¡Pues qué diablos, tendrá que hacerlo! ¿Quiere que el South Essex muera? ¿Quiere ser un almacenero? –Nairn bebió un trago de brandi–. El general no quiere disolverlo. Lo convertirá en un batallón provisional si no le queda más remedio, pero preferiría que usted completara sus filas. ¡Vaya a Chelmsford, busque hombres! ¡Si no encuentra ninguno, búsquelos en otro lugar!

–¿Y si no hay hombres en ningún sitio?

El escocés se pasó el dedo por la garganta.

–Asistirá a la muerte de un regimiento.

Maldita lástima.

¿Precisamente ahora? ¿Ahora que el ejército reunía sus fuerzas en el límite de la tierra de Napoleón, en la frontera francesa? Muy pronto, tal vez ese otoño o la primavera siguiente, los hombres que habían desembarcado primero en Lisboa penetrarían en Francia, y el South Essex tenía que estar con ellos. Se habían ganado este privilegio. El día en que el imperio del enemigo fuera finalmente derribado, las banderas del South Essex ondearían victoriosas. Sharpe señaló la carta de lord Fenner.

–¿Cómo podré oponerme a eso?

Nairn sacudió la cabeza.

–¡Es un error, Sharpe! ¡Ha de serlo! ¡Pero no se pueden corregir errores enviando cartas! Les hemos escrito a esos malditos inútiles, pero meten las cartas dirigidas a la Guardia Real en un cajón donde está escrito «ASUNTOS URGENTES QUE HAY QUE OLVIDAR». Pero no pueden olvidarse de usted. ¡Usted es un héroe! –Lo dijo con burla amistosa–. Vaya a Chelmsford, busque a sus hombres y tráigalos. Tardará la mitad de tiempo que haciéndolo por carta.

–Sí, señor –dijo Sharpe, aturdido–. ¡Ir a Inglaterra!

–Y tráigame algo de whisky, ¡es una orden! Hay una tienda en Cornhill que se lo hace traer de Escocia.

–Sí, señor.

Sharpe contestó de forma distraída. ¿Regresar? ¿A Inglaterra? Él no quería ir, pero, si la alternativa era ver morir el batallón que se había ganado el derecho de hollar los caminos de Francia, entonces iría al mismísimo infierno. Por su regimiento y por las banderas que habían ondeado entre el humo de cañón de medio continente, regresaría a Inglaterra para poder avanzar en Francia. Volvería a casa.

PRIMERA PARTE

INGLATERRA

Julio-agosto de 1813

CAPÍTULO 1

Al llegar a Chelmsford, Sharpe no recordaba el camino hacia el depósito del South Essex. Tan sólo había visitado el cuartel una vez, una breve visita en 1809, y se vio obligado a preguntar a un vicario que estaba dando de beber a su caballo en un abrevadero público. El vicario miró con desconfianza el uniforme desaliñado de Sharpe, y se le ocurrió una buena explicación para el aspecto del soldado vagabundo:

—¿Viene de España?

—Sí, señor.

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Estupendo! —exclamó el vicario, y señaló en dirección al este, indicando a los soldados hacia el campo abierto—. ¡Y Dios los bendiga!

Los cuatro hombres se dirigieron hacia el este. A Sharpe y a Harper los miraban mal, tal como había sucedido en Londres; parecía que hubieran llegado directamente de un campo de batalla de España y todavía esperaran, incluso en las calles tranquilas de la ciudad de este condado, encontrarse con una patrulla francesa. El capitán D'Alembord iba vestido con más elegancia que Sharpe o Harper, aunque su uniforme, como el del teniente Price, delataba los estragos de la batalla.

—Tendría que proporcionarme un éxito increíble con las damas —dijo D'Alembord, tocándose un rasgón en su ca-

saca escarlata que le había hecho una bayoneta francesa en Vitoria.

—A propósito —intervino el teniente Harry Price, que había desenvainado la espada al salir del pueblo e iba dando sablazos a la hierba que cubría el camino—, ¿nos va a dar algún permiso, señor?

—Usted no quiere un permiso, Harry. Se metería en problemas.

—¡Todas esas chicas de Londres! —exclamó Price con tristeza—. ¡La mayoría no conoce a un héroe como yo! Regresa de la guerra y... ¿A qué le está usted sonriendo, sargento?

Harper lucía una amplia sonrisa.

—Lo estoy pasando estupendamente, señor.

Sharpe se echó a reír. Empezaba a creer que ese viaje era totalmente innecesario. Estaba convencido de que la carta de lord Fenner era un error; seguro que habría reemplazos esperando en Chelmsford.

En Londres, Sharpe visitó a la Guardia Real haciendo constar su presencia a las autoridades, y el secretario que había en el polvoriento despacho le confirmó que el segundo batallón estaba en Chelmsford. El hombre no pudo darle una explicación de por qué ahora era llamado batallón de reserva y, hastiado, le había sugerido que tal vez era una conveniencia de tipo administrativo. Lo único que le podía confirmar era que se destinaban raciones y pagas para setecientos hombres.

¡Setecientos hombres! Semejante número le había dado esperanzas. Ahora estaba seguro de que el segundo batallón estaba salvado, de que en el espacio de unas semanas, incluso días, él conduciría a los reemplazos hacia el sur, hasta Pasajes. Caminaba hacia el cuartel con grandes espe-

ranzas. Su optimismo crecía con el esplendor de aquella campiña en verano.

Parecía un sueño. Sharpe sabía que Inglaterra estaba tan llena de mendigos, barrios bajos y horrores como cualquier ciudad de España; sin embargo, después de las llanuras de León o las montañas de Galicia, ese paisaje parecía como un anticipo del cielo.

Atravesaban una Inglaterra repleta de comida y de suave vegetación; un país de estanques, ríos, riachuelos y lagos. Un país de mujeres de mejillas rosadas y hombres gruesos, de niños que no se mostraban cautelosos con los soldados o los extraños. Resultaba anormal ver gallinas picoteando en los bordes del camino tranquilamente, sin que los soldados les retorcieran el pescuezo; ver vacas y ovejas que no corrieran peligro por parte de los oficiales de intendencia; graneros sin vigilancia, y las puertas y ventanas de las humildes casitas sin estar destrozadas para alimentar las hogueras, ni marcadas con los jeroglíficos hechos con tiza de los sargentos de alojamiento. Sharpe se dio cuenta de que consideraba cada colina, cada bosque, cada curva del camino como un lugar para combatir. Aquel seto, con el sendero hundido detrás, sería un lugar peligroso para la caballería, mientras que un prado abierto que se elevaba hacia una granja sobre una suave colina, sería un lugar que habría que evitar como la peste si los *cuirassiers* franceses anduvieran por la zona. Inglaterra le parecía un país pródigo, abundante y amable. Sin embargo, eso no era nada comparado con la reacción de la mujer de Harper.

Éste había pedido a Isabella que fuera con ellos. Estaba embarazada, y el gran irlandés no quería que fuera siguiendo al ejército hasta la hostil y extraña Francia. Harper tenía un primo que vivía en Southwark, y allí se quedaría Isabella hasta que acabara la guerra.

–Un hombre no necesita tener a su mujer colgada de las faldas –había afirmado Harper con toda la autoridad que le otorgaba ser un hombre casado desde hacía menos de un mes.

–No le importaba que estuviera con nosotros antes de casarse con ella –le había respondido Sharpe.

–¡Esto es diferente! –dijo Harper, indignado–. El ejército no es lugar para una mujer casada, no lo es.

–¿Será feliz en Inglaterra?

–¡Por supuesto que será feliz!

A Harper le sorprendió la pregunta. Para él la felicidad consistía en estar vivo y bien alimentado, y la idea de que Isabella temiera vivir en un país extraño no se le había ocurrido.

Para Isabella, Inglaterra era de lo más extraño. Durante el trayecto de Portsmouth a Londres le había hecho algunas preguntas a su marido, tímidamente. ¿Dónde estaban los olivos? ¿No había naranjas? ¿Ni viñas? ¿Ni iglesias católicas? No podía creer lo llenos y rebosantes que estaban los ríos, con qué despreocupación malgastaban los lugareños el agua, lo verde, frondosa y enredada que era la vegetación, lo gordas que estaban las vacas.

E incluso tres días después, saliendo de Chelmsford, a Sharpe le seguía pareciendo irreal que un país pudiera ser tan pródigo. Pasaron por huertos en maduración, luminosos campos de cereales con amapolas y cerdos corriendo en libertad, que hubieran podido alimentar a un cuerpo del ejército durante una semana. El sol brillaba, la tierra era cálida y fragante, y Sharpe sintió la alegría despreocupada de un hombre que sabía que un trabajo que había creído que sería difícil o quizás imposible de realizar de repente fuera tan sencillo.